



Olot tributo a Montserrat Tresserras un recibimiento apoteósico

Cómo crucé el Canal de la Mancha

Por MONTSERRAT TRESSERRAS

Dos fuertes porrazos en la puerta de mi habitación seguidos de la voz de Asensi, me despertaron rápidamente:

—¡Vamos Montse! Me parece que ya está bien; nosotros hace rato que estamos levantados.

Consulté el reloj, eran las seis menos cuarto y hasta las seis y media no estaba prevista la salida. Todavía hubiera podido dormir un cuarto más, pensé, pero decidí imitar el ejemplo de mis compañeros.

Era un gran día para mí, por fin iba a probar mis fuerzas en el famoso Canal de la Mancha. ¿Cómo había podido descansar tan tranquila, sabiendo lo que me esperaba al día siguiente, en que toda España estaría pendiente de mi actuación? Claro que tampoco había para asustarse, ¿acaso no me dijo días atrás el nadador brasileño Abilio Couto, que el Canal lo cruzaría de sobras? Y la opinión que se formó de mí el veterano nadador era compartida por Mr. Wood el Secretario de la Swimmen Channel Association, que en la actualidad cuenta sus 70 años y que desde su juventud está tratando con nadadores de largas distancias de las más diversas partes del Globo. Y también ¿no era yo el nadador elegido por el capitán Talbot que escoge cuidadosamente los nadadores que deben ser dirigidos por el piloto Hutchinson? Sabía que un nadador que no ofrezca determinadas garantías el mencionado piloto se negaba a trasladarlo; sus razones tendría para no perder prestigio, ya que considerado como el más experto práctico del Canal, se cotizaba mucho más que los otros. Me acordé del entusiasmo que demostró el capitán Talbot el día que nos dirigió en el entreno que efectuamos en el Centro del Canal; las palabras de seguridad y felicitación que me dió cuando me ayudaba a subir a la lancha acudían ahora a mi mente y hacía aumentar mis esperanzas en el éxito de mi empresa.

El tiempo, según el parte metereológico era favorable... me acompañaba Hutchinson... ¿quién podía pensar en el fracaso?

Me levanté, me puse el bañador, un jersey de lana, el mono deportivo, calcetines de lana, un pañuelo en la cabeza y el impermeable de plástico. No llovía, pero imitando a los ingleses me había acostumbrado a usar dicha prenda en los días que había mucha humedad.

Recé, besé los Escapularios que llevaba colgados del cuello y bajé al comedor donde Vitos y Asensi me estaban aguardando, dominados por un nerviosismo que no hubiera deseado para mí.

Emprendimos el camino que conducía a la playa de «La Sirène» donde nos aguardaban las lanchas con sus correspondientes botes.

El cielo se presentaba despejado, lo que hacía prever que el día sería soleado; hacía frío y por la carretera varios coches se dirigían a la playa lo que indicaba que a pesar de lo intempestivo de la hora, tendríamos público para presenciar la salida.

Unos minutos más tarde y al amparo de unas rocas grisáceas, de las que está formado el peñasco del Cabo Gris-Nez y a un centenar de metros de la playa, Mary y yo empezamos la desagradable tarea de embardunar mi cuerpo de la grasa que debía protegerme contra el frío.

Ahora, que ya ha transcurrido algún tiempo desde mi travesía, recuerdo mi tranquilidad, la confianza, la poca importancia que tenía en aquellos momentos el Canal para mí, algo así como si yo ya estuviera habituada a enfrentarme con él todos los días. ¿Es que acaso, en aquellos instantes no existía en mí, el sentido de la responsabilidad?

El tiempo apremiaba, eran las siete menos cuarto y la salida estaba fijada para las seis y media; la marea estaba subiendo de tal manera que el agua había llegado hasta nosotras y nos bañaba los pies.

Me coloqué el gorro, los lentes, y taponé mis oídos con bolitas de cera. Mis lentes quedaron manchados de grasa, pero yo no me molesté mucho en limpiarlos. Me santigué, me despedí de mis compañeros y me lancé al agua. Sea debido a la capa de grasa o a que el aire era muy frío, lo cierto es que no noté mucho la frialdad del agua.

Empecé a nadar, sin pensar en la llegada; nadar... como si no existiera un final. ¿Cuántas horas invertiré? pensé. Deseché la idea, ¿qué importaba el tiempo? Lo esencial en aquellos momentos era seguir nadando. Me animé pensando que al día siguiente todo habría terminado. El mar se encrespaba a medida que yo me alejaba del amparo de la costa francesa.

Un marinero inglés me dió desde el bote, un biberón lleno de té caliente. Llevaba las manos llenas de grasa y me resbaló, pero tuve tiempo de sujetarlo por la goma que quedó completamente engrasada; lo bebí tragándome también la grasa. El oleaje era imponente y tenía que hacer esfuerzos para evitar que las olas saltaran por encima de mi cabeza.

¡Aguanta —me gritó Mary—. Cuando cambie la marea todo calmará.

Empecé a notar un gran malestar en mi estómago seguido de náuseas que iban aumentando paulatinamente. La grasa que involuntariamente tragué me producía sensación de pesadez y quemazón en mi estómago. Creí que si continuaba no podría seguir y llamé a Mary pero desgraciadamente ésta no pudo hacer nada, ya que con la precipitación de la salida el botiquín entero quedó en el bote de Ferradas que acompañaba a Vitos.

Sentía unos deseos enormes de llorar y empecé a rezar. En aquellos momentos presentí que mi madre estaba también rezando. Calculé mentalmente qué hora era y efectivamente en aquella hora mi madre se encontraba en la Iglesia. Algo inexplicable pasó dentro de mí. Sí, vencería..., estaba segura. ¡Vencería al Canal! A pesar del dolor de estómago sentía una alegría enorme, presagios de triunfo, y no pude evitar que las lágrimas asomaran a mis ojos. Mis acompañantes estaban todos pendientes de mí, observando mis menores gestos. Saqué la cabeza del agua, les sonreí para animarles y seguí nadando.

Pensaba en España, en Olot, en Educación y Descanso... ¡Qué oleada de gratitud me invadía al recordar dicha Obra Sindical! A ella le debía que mis sueños cristalizaran en una realidad maravillosa. ¡Por ella debía triunfar!

—¡Llevas ocho horas! —me advirtió Mary— a este ritmo en seis horas más estarás en Inglaterra.

¡Cómo me animaron sus palabras! ¡Sólo seis horas! Y seguí nadando...

Oscurecía y en el horizonte ya se perfilaban las Rocas Blancas de Dover. Mis acompañantes estaban entusiasmados. Todos a bordo con varios utensilios de cocina y acompañados de armónica se-

guían el ritmo de mis brazadas. Tenía apetito y me negaron alimento alegando que tenía fuerzas suficientes para llegar y que era preciso ganar tiempo.

Distinguía muchas luces en la costa cada vez que levantaba la cabeza. Me decían que llegaba y yo no lo creía. Vi a varios tripulantes que saltaban al bote y a Mary entre ellos. Desde la lancha les entregaban las mantas en que debían envolverme. Aquello indicaba que la tierra debía estar muy próxima...

Levanté la cabeza y quedé cegada por la profusión de luces que me enfocaban desde la costa, lo que me impedía distinguir el bote.

—¡Sigue, Montse, sigue! Por aquí... —la voz de Mary me iba orientando, y de repente ¡zas! mis rodillas tropezaron con algo duro y sin darme cuenta me encontré arrodillada en la costa inglesa ante una gran multitud que me aclamaba.

El periodista Gilabert saltó del bote y exclamó:

—Montse. ¡Sal del agua! ¡aprisa! todavía no has terminado.

Y salí del agua creyendo que estaba soñando y que en cualquier momento despertaría y me encontraría en la cama.

Gilabert, Mary, Hutchinson... todos me abrazaban entusiasmados. Los ingleses vitoreaban a España. Muchas madres venían con sus hijos en brazos para que les besara. ¡Todos quedaron manchados de grasa! Subí al bote y con él regresé a la lancha donde se repitieron las mismas explosiones de júbilo que en la costa inglesa.

En aquellos momentos no experimentaba nada, nada... hasta que transcurridas unas horas empezaba a sentirme feliz... me parecía imposible tanta dicha... ¡Por fin un español había conseguido vencer el Canal de la Mancha! ¡Y éste era yo!

Han transcurrido varios meses desde aquella fecha memorable y cuando pienso en el Canal todavía me parece que estoy soñando. Su recuerdo irá siempre unido en mí, a una profunda gratitud a quien hizo posible este anhelo: ¡Educación y Descanso! Por muchos triunfos que pueda ofrecerte durante el transcurso de mi vida deportiva, nunca... nunca... podré compensarte lo que tú has hecho por mí.



*La señorita Tresserras recibe la efusiva felicitación del
Presidente de la Diputación Provincial.*